

Violencia política y terrorismo en la India contemporánea

Bernat Masferrer

Profesor de Geopolítica India-Pakistán en el Máster de Estudios de Asia-Pacífico, Universidad de Barcelona

Resumen

Si se lee detenidamente un periódico indio cualquier día del año, tarde o temprano aparecerá una noticia relacionada con la violencia política o el terrorismo que afectan al país. Será toda una casualidad si, en relación a lo mismo, aquel día en concreto no se menciona la muerte de al menos un insurgente, un terrorista, un civil o un miembro de las fuerzas de seguridad. Esta realidad suele pasar inadvertida fuera del país; en el mejor de los casos es instintivamente relativizada por su teórica intrascendencia en el contexto de un Estado de 1.100 millones de personas. Sin embargo, la India no deja de ser un Estado-nación más, y en estos parámetros debe ser examinada. Bajo la premisa anterior, este artículo analiza las causas, características, evolución y alcance de la violencia política y el terrorismo en la India en sus tres principales manifestaciones actuales: el naxalismo o guerrilla de inspiración maoísta, las insurgencias étnicas en el Noreste del país y el terrorismo islámico. Asimismo, también evalúa la responsabilidad y respuesta del Estado en y ante los fenómenos citados, además de contextualizar el escrutinio en el seno de una región marcada por una fuerte inestabilidad política.

Introducción

La violencia es una parte esencial de la historia política de la India moderna. Tratándose de un marco geográfico enorme y habitado por una colosal diversidad cultural, en el que existen perennes disparidades socioeconómicas, la experiencia universal nos dicta que el país padece un enorme potencial de conflictividad, en el que hallamos en su integridad la explosiva mezcla de conflictos ligados a la tierra y a la identidad. Sin embargo, el relato riguroso de esta violencia siempre ha chirriado en nuestras visiones de la India, dominadas por meta-narrativas que prácticamente reducen la civilización india a sus tradiciones espirituales. No es de extrañar, pues, que la historia oficial acerca de la “no violenta” consecución de la independencia india, haya sido

aceptada sin matices, puesto que el Gandhi de la película de Attenborough encarna una lógica e inevitable continuidad de ese genio civilizacional indio. Pero evidentemente, el movimiento nacional indio es alguna más que un ejercicio cinematográfico de hagiografía; por ejemplo, populares líderes como, entre otros, Tilak o Aurobindo, consiguieron movilizar a las masas bastante antes de la emergencia del Mahatma, con sus agresivas consignas anti-británicas que no en pocas ocasiones derivaron en actos de violencia. Los dos teorizaron el terrorismo como forma legítima de resistencia,

“La violencia es una parte esencial de la historia política de la India moderna. Tratándose de un marco geográfico enorme y habitado por una colosal diversidad cultural, en el que existen perennes disparidades socioeconómicas, la experiencia universal nos dicta que el país padece un enorme potencial de conflictividad”

y algunos jóvenes optaron, ciertamente, por organizarse en sociedades secretas de militantes revolucionarios. Asimismo, nuestras crónicas de la independencia india también han tendido a ignorar la figura de Subhas Chandra Bose *Netaji* y su Ejército Nacional Indio (INA), que mediante la lucha

armada persiguió y contribuyó de manera determinante a la salida de los británicos de la India. Significativamente, las propias revisiones indias del movimiento independentista del país se han convertido en campo de batalla de la construcción de las identidades nacionales; con la restitución de figuras como Bose, los nacionalistas hindúes han buscado insistentemente reafirmar el *éthos* marcial del pueblo indio, en una cruzada contra el “estigma gandhiano” sintetizada en la célebre frase del controvertido político de Mumbai, Bal Thackeray, “tenemos que demostrar al mundo que no somos eunucos”, pronunciada después de las pruebas nucleares de 1998.

Del mismo modo, se tiende a mitificar el relato de la independencia: al hablar de la partición del país, la narrativa tiende a identificar a unos fanáticos secesionistas musulmanes que querían marcharse. Por ello, la horrible violencia que la precedió y la prosiguió es proyectada, si uno se descuida, en términos de “no india”.

Actualmente, en la ya casi ritual celebración de “la mayor democracia del mundo” que suele monopolizar cualquier referencia a la India política (a nivel no especializado), podemos observar también una subliminal propensión a mirar hacia el país a través del “filtro gandhiano”; el razonamiento

to simplista, producto del mencionado automatismo y de una severa ignorancia respecto el pensamiento político y económico de Gandhi, es que el Estado indio se organizó en torno a un sistema democrático y que, desde entonces, los indios han convivido –salvo anomalía puntual y justificable–, pacíficamente, por la fuerza del sino civilizacional. Sin entrar a valorar en profundidad algunas de las lagunas más notorias de la democracia india, como la persistencia de los bancos de votos o la extendida corrupción en el seno de buena

parte de la clase política (una cuarta parte de los diputados del actual Parlamento arrastran algún tipo de antecedente penal)¹, la cultura democrática es, efectivamente, fuerte y la ciudadanía goza del valioso derecho de decidir sobre quién debe gobernar el país. Sin embargo, esta aproximación más superficial a la India política se limita a identificar nociones de democracia como mera representación, y tiende a ignorar que la violencia siempre ha jugado un papel clave en algunos de los episodios y procesos políticos más determinantes de la India independiente. Por ejemplo, durante el período del orden *nehruviano*, la sucesiva creación de estados lingüísticamente congruentes, en un proceso de reordenación territorial desarrollado en varias fases, siempre siguió un mismo guión, en el que primero la sureña comunidad telugu, después los marathas de Mumbai y finalmente los sikhs en el Punjab, obtuvieron su Estado solamente cuando el Ejecutivo indio, obsesionado en aplacar cualquier tendencia disgregadora, se vio desbordado por los violentos disturbios. Paralelamente, el Estado respondería con el ejército al independentismo en Nagaland, decisión que, en realidad, solamente serviría para alimentar otras insurgencias en la región; y la destitución, en Kerala, del primer gobierno comunista democráticamente elegido del mundo, se justificaría en aras de reestablecer un orden que el mismo Estado se había encargado de mermar con oscuras maniobras.

Unos años después, Indira Gandhi sustentaría en la creación de nuevos grupos paramilitares y en el uso partidista de los servicios de inteligencia su inflexibilidad frente a las convulsiones políticas y sociales de la nación durante la primera mitad de los setenta, una deriva autoritaria que viviría su apogeo con la instauración de una pseudo-dictadura en 1975. Su hijo Sanjay y las juventudes del Partido del Congreso se encargarían de aterrorizar a los sectores más vulnerables de la población, durante aquél breve período de

estado de emergencia nacional. Ya en los ochenta, Indira apoyaría secretamente los sectores más radicales del nacionalismo religioso sikh para prorrogar su idilio con el poder, en una maniobra que le acabaría costando la vida. El espantoso pogromo contra los sikhs, que tuvo lugar en los días que siguieron al asesinato de Indira en 1984, alienaría buena parte de la juventud de dicha comunidad y sumiría al Punjab en una larga noche de terrorismo indiscriminado. Significativamente, el peor atentado en número de víctimas de la histo-

ria de la aviación comercial hasta el 11-S, la explosión en pleno vuelo del Air India 182, en junio de 1985, fue obra del terrorismo sikh.

Con los alzamientos armados en Cachemira y Assam como música de fondo, el Estado indio cambiaba de década sumergido en un proceso de profundas transformaciones estructurales, de las cuales, la liberalización de la economía sería la más comentada a nivel internacional. Los avances electorales bañados en sangre del fundamentalismo hindú, aupados por una estrategia de confrontación y destrucción que fomentaría la aparición del terrorismo islámico, y la emergencia política de las castas bajas, en un fenómeno tampoco exento, entonces y ahora, de agitaciones sociales, completarían la metamorfosis política del país.

En la India del siglo XXI se encuentran activas la guerrilla maoísta, las insurgencias étnicas y la violencia fundamentalista. En el decenio anterior a la independencia se producían alzamientos de campesinos, disturbios interreligiosos y la creciente consciencia de la identidad nacional de cachemires y nagas. Violencia en ocasiones como motor de cambio; violencia, siempre, como reflejo de continuidad.

En la India del siglo XXI se encuentran activas la guerrilla maoísta, las insurgencias étnicas y la violencia fundamentalista. En el decenio anterior a la independencia se producían alzamientos de campesinos, disturbios interreligiosos y la creciente consciencia de la identidad nacional de cachemires y nagas. Violencia en ocasiones como motor de cambio; violencia, siempre, como reflejo de continuidad.

El contexto regional

Sin los tres últimos años de infierno diario en Irak y la interminable sangría en algunas partes del continente africano, India constituiría aún hoy el eje geográfico y político de la región más severamente afectada por la violencia política y el terrorismo durante la última década.² No obstante, la ponderación de esa afectación en términos de población relativa –la región comprende una quinta parte de la población del planeta– junto al mayor peso geoestratégico de

“ El proceso de reordenación territorial desarrollado en varias fases, siempre siguió un mismo guión, en el que primero la sureña comunidad telugu, después los marathas de Mumbai y finalmente los sikhs en el Punjab, obtuvieron su Estado solamente cuando el Ejecutivo indio (...) se vio desbordado por los violentos disturbios.”

“ Sin los tres últimos años de infierno diario en Irak y la interminable sangría en algunas partes del continente africano, India constituiría aún hoy el eje geográfico y político de la región más severamente afectada por la violencia política y el terrorismo durante la última década”

Oriente Medio, han contribuido a conceder a Asia Meridional una atención secundaria. Únicamente la constatación durante el último lustro de que Pakistán alberga uno de los centros neurálgicos de la *industria* de la *yihad* global, ha conferido un mayor protagonismo a la región. Precisamente, el terrorismo islámico se ha erigido, en este período, como una de las principales amenazas a la seguridad en el subcontinente, que se ha sumado, en un contexto de desarrollo mermado debido a latentes crisis de gobernabilidad, la presión demográfica, la debilidad económica y la rivalidad hegemónica indo-pakistaní, a una serie de longevas pugnas identitarias y conflictos políticos: Cachemira, la partición de Pakistán, los rebeldes Chakma en Bangladesh, los movimientos separatistas en Punjab, Assam y en el resto de los estados del Noreste indio, las tensas relaciones entre sindhis, baluchies y punjabies y la asimilación de las tribus pashtún también en Pakistán, el nacionalismo hindú militante o la aguda crisis de identidad de nuevo en Bangladesh. Para el politólogo Sunil Khilnani, esta conflictividad dota de continuidad la fractura original de 1947. Para los historiadores Sugata Bose y Ayesha Jalal, demuestra la extrema permeabilidad de las fronteras que definen Estados-naciones en el subcontinente.

El intervencionismo militar en Pakistán y Bangladesh, el conflicto interétnico en Sri Lanka, el pulso entre maoístas y las fuerzas del rey Gyanendra en Nepal y el naxalismo en India, completan la radiografía básica de la violencia política en Asia Meridional, que, como veremos a continuación, muestra, en su conjunto, una serie de rasgos distintivos.

En primer lugar, el impacto directo que esta violencia ha provocado en las más altas esferas de los Estados, en forma de varios magnicidios. En India, Pakistán, Bangladesh y Sri Lanka, al menos dos jefes de Estado o de Gobierno han muerto asesinados por motivos políticos. En relación al Estado, también es interesante destacar la inusual intersección, sobre todo a partir de la década de los noventa y en ocasiones más que tutelada en Pakistán y Nepal, entre democracia y un gran volumen de violencia política/terrorismo.

Una segunda singularidad es la característica común entre un número considerable de los diferentes grupos armados que han operado o siguen operando en la región, de sustentar su causa en ideologías más o menos híbridas. Así, el Frente de Liberación Popular (JVP) en Sri Lanka protagonizó feroces insurrecciones durante los setenta y los ochenta combinando el marxismo-leninismo con el ultranacionalismo budista-cingalés, del mismo modo que la facción Isak-Muivah, la más importante del Consejo Nacional Socialista de Nagaland (NSCK-IM), no solamente reclama la independencia de India, sino que quiere establecer, bajo el grito de guerra de "Nagaland por Cristo", una república comunista

que incluya, además, bolsas de territorio de los estados contiguos de Manipur y Assam (también en India) y del país vecino, Myanmar.

Finalmente, otra peculiaridad a señalar es la dimensión internacional de esa violencia, ejemplificada en el asesinato de Rajiv Gandhi a manos de los Tigres Tameses y en la masiva intervención pakistaní en la Cachemira india durante la década de los noventa, que para nuestro propósito analítico vamos a categorizar en tres tipologías de relación transfronteriza. La primera de ellas engloba los vínculos entre milicias o grupos terroristas de diferentes países, que arrancan con las relaciones entre los Tigres de Liberación de Tamil Eelam (LTTE) y la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) a finales de los setenta; posteriormente, a los LTTE también se le atribuyeron contactos con Al Qaeda (no hay que olvidar que los LTTE son los perfeccionadores del atentado suicida). Por otra parte, los naxalitas en India admitieron, recientemente, haber recibido entrenamiento de los Tigres hace unos años. Otros casos de interacción son, por un lado, la estrecha cooperación entre terroristas islámicos de Pakistán y Bangladesh y, por otro, los vínculos de la guerrilla maoísta en Nepal con la homóloga de India, que hace unos años llegaron a realizar ataques conjuntos y que han fundado junto a organizaciones hermanas de Bangladesh, Sri Lanka y Bhután el Comité de Coordinación de los Partidos y Organizaciones Maoístas del Sur de Asia (CCOMPOSA).

Como segunda tipología de relación, se puede hablar de una internacionalización de los conflictos étnicos del subcontinente indio, que está intrínsecamente ligada al fracaso postcolonial en la consolidación territorial de los Estados-naciones y cuyo origen se remonta a los designios geopolíticos del *Raj* británico. Los baluchies asentados entre Pakistán, Irán y Afganistán, los nagas esparcidos entre India y Myanmar, los chakma entre India y Bangladesh, la Cachemira dividida o los tameses separados por la bahía de Palk—aunque en este caso se trate de una comunidad lingüística más que étnica—, son ejemplos de esta problemática. La colisión entre grupo étnico y Estado ha desembocado en cinéticas interacciones a tres o cuatro bandas.

La tercera vertiente de esta dimensión internacional es la implicación de un Estado en la violencia que sufre otro. El apoyo estatal al terrorismo puede ser deliberado y directo, a través de la financiación, provisión de armas y entrenamiento de los servicios de inteligencia a determinados grupos, o puede ser más o menos tácito en forma de santuario territorial para estos grupos. El patrocinio de los *Inter-Services Intelligence* (ISI) pakistaníes de un número considerable de grupúsculos terroristas afincados en Pakistán que operan en India, constituye el más claro ejemplo del primer caso. Desde Delhi se acusa igualmente a los ISI, aunque en

menor medida, de apoyar a los *Harkat-ul-Jihad-al-Islami* (HuJI) en Bangladesh, que también han atentado en India, y al *United Liberation Front of Assam* (ULFA) de Assam entre otras organizaciones del Noreste indio. También ha sido ampliamente documentada la ayuda que a principios de los ochenta los servicios de inteligencia indios *Research and Analysis Wing* (RAW) brindaron a los LTTE. Menos claro está el papel indio en fomentar la rebelión en el Baluchistán pakistaní como se sugiere repetidamente desde Islamabad. Por otra parte, la existencia de santuarios territoriales que, básicamente, afectan a India, es una realidad más compleja de analizar en cuanto al grado de participación indirecta de los estados en la violencia, puesto que en un contexto de fronteras incorregiblemente porosas en un vecindario conformado por países políticamente inestables, el control de ciertas zonas a veces escapa la propia capacidad del Estado. Este sería el caso de Bhután y Myanmar, que durante muchos años han albergado grupos insurgentes del Noreste indio. Sin embargo, con la mejora en los últimos años de sus relaciones con India, se han mostrado más abiertos a atender las peticiones indias de mano dura; sobre todo Bhután, que en 2004 lanzó una intensa ofensiva para expulsar a centenares de insurgentes, básicamente assameses, de su territorio. Por el contrario, la voluntad de colaborar de Pakistán y, en menor medida, de Bangladesh, sigue en entredicho; circunstancia que pone de relieve la inviabilidad de fútiles estructuras regionales de cooperación antiterrorista en el marco de las difíciles relaciones interestatales de Asia Meridional.

El naxalismo

Naxalismo es el término genérico empleado comúnmente para definir el fenómeno político y militar de las guerrillas de inspiración maoísta que operan en varias partes de la India. Esta denominación tiene su origen en un importante alzamiento de campesinos acontecido en 1967 en la aldea de Naxalbari, en el norte del estado de Bengala Occidental. Aquella agitación, reacción tanto a la explotación feudal perpetrada por los terratenientes, como a la pasividad y complicidad del gobierno comunista del estado con la misma, desembocó en la fundación del Partido Comunista de la India (Marxista-Leninista) o CPI (ML), a partir de una escisión del Partido Comunista Indio (Marxista). Apoyada por círculos universitarios y por parte de la clase intelectual de Calcuta,

“ En un contexto de fronteras incorregiblemente porosas en un vecindario conformado por países políticamente inestables, el control de ciertas zonas a veces escapa la propia capacidad del Estado.”

la rebelión en Naxalbari fue rápidamente emulada en otras partes del país, aunque los focos de insurrección serían brutalmente aplastados por la inercia represiva de la India pre-emergencia de la primera mitad de los setenta. Durante los ochenta y los noventa, media docena de grupos naxalitas mantuvieron la actividad armada en estados como Andhra Pradesh, donde el *People's War Group* (PWG) ganaría una considerable ascendencia política e

intelectual sobre otras facciones brotadas del primer CPI (ML), y Bihar, donde los naxalitas se enfrentarían a sanguinarias organizaciones de criminales a sueldo de los terratenientes de casta alta. Entre estas cabe destacar el Ranvir Sena, cuya especialidad sería las terribles masacres de mujeres y niños intocables como método para neutralizar su crecimiento demográfico.

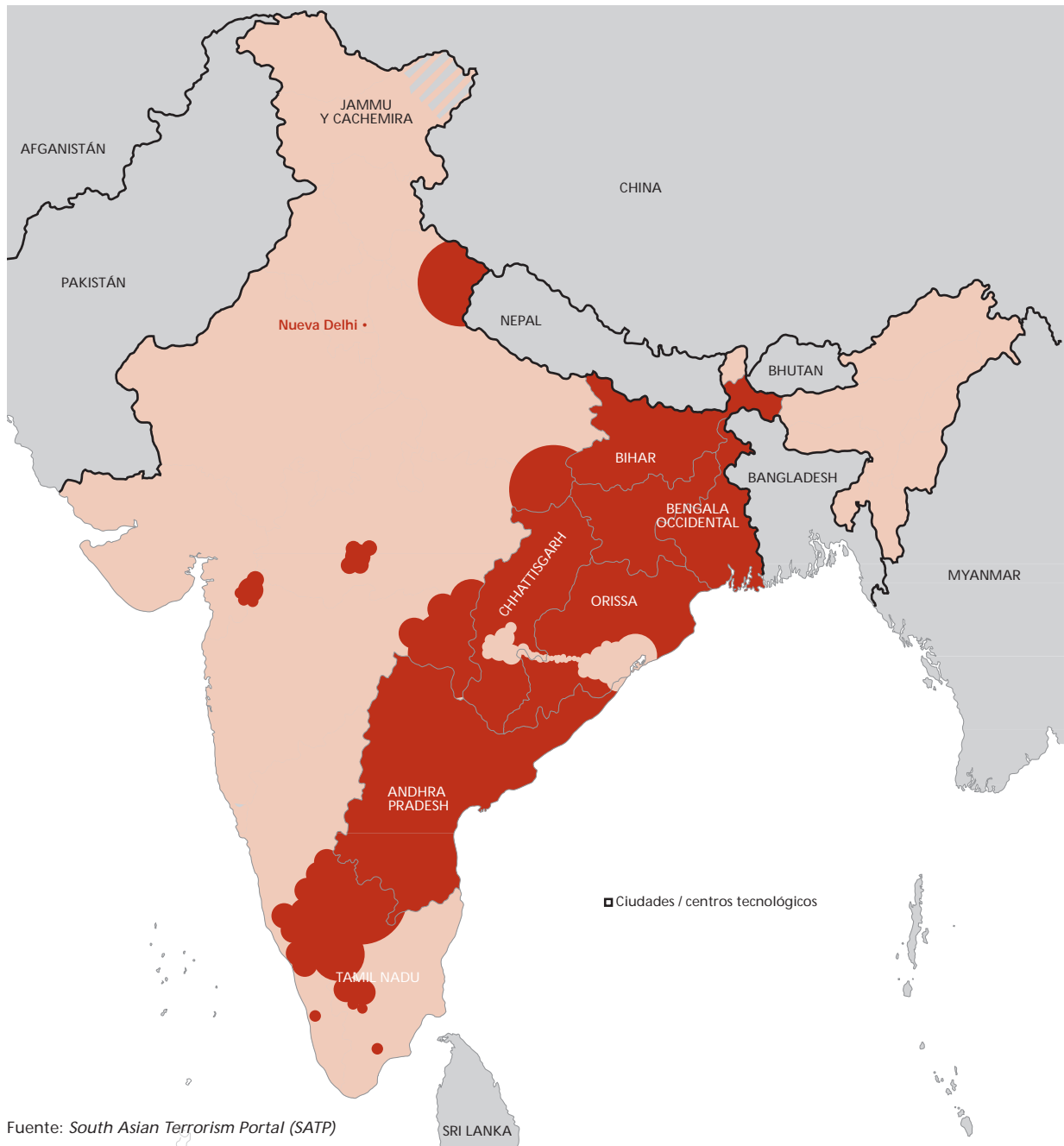
Con el cambio de milenio, la violencia naxalita llegaría a ser considerada como un fenómeno residual. Las periódicas escaladas de tensión en Cachemira y el terrorismo en varios estados del Noreste indio, adjudicarían al naxalismo una atención secundaria desde las esferas gubernamentales, tratándolo como un conflicto de muy baja intensidad y de carácter local. En los últimos años, sin embargo, coincidiendo irónicamente con el reconocimiento global de India como potencia emergente, el naxalismo ha pasado a ser una prioridad en la agenda doméstica del ejecutivo indio, según se desprende de las palabras pronunciadas por el primer ministro Manmohan Singh en abril de 2006, en las que describió a los rebeldes maoístas como la mayor amenaza a la seguridad interna jamás afrontada por el país. Esta reevaluación pesimista del reto maoísta se fundamenta no tanto en el incremento de muertes relacionadas con la violencia naxalita (alrededor de 1.500 entre 2005 y 2006), como en el ensanchamiento del área de operaciones, que actualmente ya tiene presencia, aproximadamente y con distintos niveles de intensidad, en una cuarta parte de los distritos administrativos del país, la mayoría situados en el denominado “corredor rojo” que cruza el país desde Bihar en el Norte, hasta Karnataka y Andhra Pradesh en el Sur.

“ Con el cambio de milenio, la violencia naxalita llegaría a ser considerada como un fenómeno residual. (...) Sin embargo, en los últimos años el naxalismo ha pasado a ser una prioridad en la agenda doméstica del ejecutivo indio (...) que lo ha definido como la mayor amenaza a la seguridad interna jamás afrontada por el país.”

Dado que esta franja geográfica comprende algunas de las regiones más subdesarrolladas de la India rural, parece lógico vincular, el rebrote de la insur-

gencia a la pobreza y a la desatención por parte del Estado. El propio Ministerio del Interior indio reconoce que el “El naxalismo no es simplemente un problema de ley y orden; tiene profundas dimensiones socio-económicas”.³ Es preci-

MAPA 1. El “corredor rojo” de la violencia naxalita



samente la incapacidad manifiesta del Estado Indio, gobierno tras gobierno, plan quinquenal tras plan quinquenal, de aliviar substancialmente las penurias de los segmentos más marginados de la sociedad, juntamente con la reciente consolidación de la unión de los dos grupos naxalitas más letales, lo que dota de sentido relativo la advertencia de Manmohan Singh acerca del potencial desestabilizador del movimiento revolucionario a medio plazo. Sin lugar a dudas, la formación del Partido Comunista de la India-Maoísta

(CPI-Maoist) en 2004, como resultado de un largo proceso de fusión entre el PWG y el Maoist Communist Centre (MCC), inaugura una nueva fase en la insurgencia naxalita, en la que la suma de territorios controlados por unos y otros (el MCC desde su plaza fuerte en el estado de Bihar era el grupo con mayor implantación en la parte norte del eje naxalita, mientras que el PWG dominaba la mitad meridional), la puesta en común de tácticas guerrilleras, el aumento del número de efectivos y una comandancia única sobre

la organización, altamente jerarquizada, han convertido al CPI (Maoist) en la organización naxalita de referencia a nivel pan-índico. Con el objetivo de reivindicar su capacidad de actuación, el grupo ha utilizado los dos últimos años para mostrar todo su inventario operativo; desde un par de asaltos a prisiones, en uno de ellos con la participación de un millar de guerrilleros, para liberar a más de 300 "camaradas" reclusos y asesinar a miembros del antitético Ranvir Sena, hasta el asesinato a tiros de un diputado del Parlamento indio, pasando por el secuestro de trenes, asaltos a comisarías y almacenes policiales para hacerse con armas, que junto con la fabricación propia, continúa siendo el principal medio de aprovisionamiento. También han seguido fustigando a la policía y a escuadrones paramilitares ya sea explotando minas o con espectaculares emboscadas como la que en marzo de 2007 costó la vida a más de 50 agentes en una sola noche en el estado de Chhattisgarh, que junto a Bihar y Jharkhand, y algunas regiones de Orissa, constituye el principal teatro de operaciones de la guerrilla.

Exceptuando Bihar, los tres estados conforman el denominado "cinturón tribal indio", una región muy rica en reservas minerales cuya prevista explotación por parte de multinacionales indias y extranjeras se ha convertido en el caballo de batalla del CPI (Maoist) y, de calculado rebote, una inmejorable plataforma mediática potencial. La creación de estos proyectos industriales es la última estrategia del gobierno para desarrollar una de las zonas más deprimidas del país. El plan pasa por reinvertir en la propia población tribal o *Adivasi*, los importantes beneficios resultantes de la venta de las tierras. Sin embargo, éstos consideran insuficientes las compensaciones por los desposeimientos y desconfían de las promesas de reinversión; las autoridades de Orissa, por ejemplo, acusan a los maoístas de estar detrás de las protestas de los *adivasi* contra las perspectivas de implantación de varias multinacionales.

Otras partes del país también están experimentando una creciente oposición a las nuevas Zonas Económicas Especiales (ZEE) impulsadas por el Gobierno; por ejemplo en Bengala Occidental, donde la virulencia de las agitaciones pero sobre todo la aún más desmedida represión policial, han impactado al país de sobremanera. Aquí, de nuevo, los naxalitas fueron acusados de infiltrarse en las protestas.

Independientemente del grado de implicación en tales movimientos, el CPI (Maoist) está sacando rédito propagandístico al asunto, lo que sirve a su objetivo actual de, sin

abandonar el frente militar con acciones bien planificadas que no conlleven excesivo riesgo, instrumentalizar a favor de su causa todas las proclamadas injusticias sobre las capas más vulnerables de la sociedad: ya sea a nivel local, el asesinato de una familia de intocables; a nivel regional, los suicidios colectivos de campesinos en Maharashtra o Andhra Pradesh; y a nivel nacional, entrando de lleno en el debate sobre el sector corporativo calificando las ZEE de "enclaves económicos extranjeros".

Esto responde a la convicción propia que la suya es ahora una lenta batalla por la opinión pública, en una sociedad en plena transición socio-económica donde la bonanza es olfateada por cada vez más gente pero disfrutada aún por pocos. La abierta justificación del fenómeno maoísta por parte de todo un ex primer ministro como V.P. Singh y las evocaciones románticas entre los poderosos sindicatos universitarios de izquierdas no deberían, no obstante, inducir a miopes inferencias sobre el nivel de popularidad de los naxalitas. Su inminente penetración en las ciudades pregona por algunos sectores relacionados con los estamentos de seguridad del país, parecen, puesto que su capacidad real es aún muy limitada, deliberadas pérdidas de perspectiva.

De hecho, una tercera parte de los guerrilleros del CPI (Maoist) están escondidos en los bosques selváticos de Chhattisgarh, donde, en una execrable maniobra para diezmarlos, las autoridades regionales están promoviendo un conflicto civil entre los *adivasi* que ya ha provocado más de 50.000 refugiados.

En la jungla se mueven cómodamente y gozan de un apoyo considerable en las zonas donde el Estado se ha evadido y

"Las naxalitas libran una lenta batalla por la opinión pública, en una sociedad en plena transición socio-económica donde la bonanza es olfateada por cada vez más gente pero disfrutada aún por pocos. (...) La extorsión revolucionaria les financia y el 'golpear y replegarse' les concede primeras páginas a menudo. Pero de aquí, a ser considerados 'la más grande amenaza interna', parece una valoración, por el momento, precipitada."

ellos controlan con rígido orden. La extorsión revolucionaria les financia y el "golpear y replegarse" les concede primeras páginas a menudo. Pero de aquí, a ser considerados "la más grande amenaza interna" parece una valoración, por el momento, precipitada. Como dijo la escritora reconvertida en activista social Arundathi Roy en una reciente entrevista al ser preguntada por las palabras del

primer ministro: "estoy segura que los maoístas estarían muy halagados de ser vistos así."

Seguramente, la evaluación pesimista del gobierno no emana tanto de la certidumbre de que desalojarlos de la jungla es misión imposible, como de la poca confianza en las propias políticas socio-distributivas para desarrollar las regiones más atrasadas, así como de la firmeza ideológica de los

naxalitas, que aunque en procesos de negociación pasados ya han dado síntomas de que se conformarían con bastante menos de la dictadura del proletariado, no luchan para tumbar un rey absolutista como los maoístas de Nepal.

Que el 70% de la India sea rural, además, alimenta osadas proyecciones sobre el futuro potencial del naxalismo. En realidad, el fenómeno es difícilmente trasladable a otras partes del país. Después de tres años de auge estabilizado, los próximos dos o tres serán cruciales para observar la evolución del fenómeno en el centro-este de la India.

Nacionalismo étnico e insurgencia en el Noreste

La extraordinaria diversidad cultural inherente a la India siempre ha tenido un encaje delicado en el orden político del país. Las periódicas reorganizaciones territoriales impulsadas por la presión de comunidades culturalmente definidas, son una prueba de ello; en la actualidad, solamente nueve de los veintinueve estados de la Unión India son lo suficientemente compactos cultural y administrativamente como para no acoger, por parte de minorías, demandas pacíficas de separación territorial en el interior de las fronteras del Estado indio.

La agitación en contra de la obligatoriedad del hindi en Tamil Nadu durante los cincuenta y los sesenta, o el terrorismo en Punjab durante los ochenta y principios de los noventa, han sido tradicionalmente señalados como ejemplos de movimientos étnicos en el contexto de la democracia multicultural india, aunque fueran el chovinismo lingüístico y el extremismo religioso, respectivamente, los catalizadores en sendos, aunque diferentes, estallidos de violencia. En cambio, la insurgencia independentista cachemir de finales de los ochenta sí que se adapta a una concepción clásica de nacionalismo étnico. Otra historia es que la aparición de la violencia indiscriminada de los elementos pro-pakistaníes y los grupos terroristas de raíz islamista durante la convulsa primera mitad de los noventa se prestara, fuera de Cachemira, a confusiones más o menos involuntarias sobre la naturaleza ideológica de la revuelta original.

Pero si hay un lugar en la India cuyo nombre se asocia automáticamente con el nacionalismo étnico, éste es el Noreste, cuyo aislamiento geográfico del resto del país es salvado por el corredor de Siliguri, una estrechísima franja de Bengala Occidental entre Bangladesh y Nepal. El Noreste indio comprende los estados de Assam (que suma más del 70% de la población total de la región), Meghalaya, Tripura, Mizoram, Manipur, Nagaland y Arunachal Pradesh.⁵ Cada uno de ellos comparte al menos una frontera internacional con alguno de los países vecinos, Bangladesh, Bhután y My-

anmar, que, juntamente con China, completan un cerco casi perfecto a una región que, hasta la llegada de los británicos, había permanecido, exceptuando breves momentos de relación política muy localizados espacialmente, independiente de los escasos imperios considerados pan-indios. Con una población predominantemente tribal, compuesta de al menos 200 grupos étnicos y tantas otras lenguas y dialectos, la mayoría sino-tibetanas y austro-asiáticas, la descripción antropológica de la región también la sitúa más cerca del Sudeste Asiático que del corpus cultural indoeuropeo y, en menor medida, dravídico, dominantes en el resto de la India. Aun así, la categorización del assamés como lengua indoeuropea, la tradicional influencia cultural bengalí en algunas zonas específicas y la capacidad de la religión mayoritaria en el lugar, el hinduismo, de absorber como una esponja a lo largo de los siglos los cultos y divinidades locales (en un empuje hoy abiertamente proselitista en el que nacionalistas hindúes chocan con los misioneros protestantes, responsables estos últimos de que la región comprenda los únicos estados indios de mayoría cristiana, Nagaland, Mizoram y Meghalaya), han ayudado a Delhi a legitimar, culturalmente, los 60 años de integración político-administrativa del Noreste, procurando arrinconar una explicación en términos de simple herencia geopolítica del *Raj* británico.

De hecho, las turbulencias políticas en el Noreste empezaron, precisamente, con la consolidación misma durante los primeros años de independencia de las fronteras del nuevo Estado-nación indio y la anexión, bajo supervisión militar, de Nagaland y Manipur. Desde entonces y hasta nuestros días, el Noreste apenas ha conocido períodos sin agitaciones políticas que, a grandes rasgos, se pueden clasificar en tres categorías según el objetivo perseguido por la comunidad rebelada: la independencia de la India, la separación del estado de Asma, o la autonomía dentro de los límites de alguno de los estados de la región. El decano movimiento independentista naga, el manipuri (los dos parcialmente desactivados con la eventual concesión de un estado propio en el seno de la Unión India) y el más tardío assamés, son ejemplos de la primera categoría. La creación de los estados de Meghalaya y Mizoram, forjados sobre algunos distritos de Assam, se incluye en la segunda (aunque en el segundo caso, también tenemos que hablar de una violenta insurgencia independentista, hoy inexistente, que fue respondida con extrema dureza desde Delhi, hasta el punto de atacar su capital, Aizawl, con cazabombarderos); los movimientos bodo (también con aspiraciones de soberanía total), hmar y dimasa, son ejemplos actuales de separatismo en el Estado de Assam. Finalmente, entre los movimientos que buscan algún tipo de autonomía político-administrativa en otros estados de la región podemos citar los reang y los hmar en Mizoram, los zomi y los kuki en Manipur o las disputas entre las tribus khasi y garo en Meghalaya. Esta última muestra básica de tensiones entre mayorías y minorías refleja el mar-

co de interrelación de las diversas comunidades étnicas y tribales del Noreste, en el que la existencia de grupos dominantes cultural y económicamente, además de la llegada masiva en algunas zonas de refugiados bengalíes (primero hindúes y después musulmanes), ha alimentado la inestabilidad. La constitución, a lo largo de los años, de varios consejos o estructuras administrativas semiautónomas, como por ejemplo el Consejo Territorial de Bodoland en el estado de Assam ha relajado o, en ocasiones, solucionado algunas de las disputas internas de la región.

Sin embargo, el Estado indio se ha mostrado menos habilidoso en lidiar con aquellos estados del Noreste con movimientos independentistas consolidados y apoyados por una sociedad civil sólida. Es el caso de Nagaland, del Manipur étnicamente meitei y de Assam, que, en clave de agravios históricos, siguen recriminando a Delhi cierto desprecio por la idiosincrasia socio-cultural del Noreste (producto, según ellos, de la inercia nacionalista de la India post-colonial) y el poco desarrollo socio-económico de la región aun cuando recibe, proporcionalmente, una teórica mayor inversión del Estado en comparación a otras regiones del país. En Assam, además, aunque fuera la tensión en torno a la etnicidad y la identidad el desencadenante de la violencia por parte de una población autóctona que se veía, como en Tripura, amenazada por la asimilación política de los refugiados bengalíes, el movimiento de autodeterminación en los ochenta también reaccionó en contra de lo que los assameses denunciaban como "colonialismo interno", léase el dominio de la actividad económica relacionada con las materias primas de la región por parte de comunidades de otras partes del país.

Pero sobre todo, la sociedad civil del Noreste recrimina a Delhi su incorregible tendencia a criminalizar la mera idea de la autodeterminación que, empezando con la represión de la desobediencia civil naga en los cincuenta, ha acarreado una inexorable militarización a gran escala de la región. De este modo, la aprobación y aplicación de la Ley de Fuerzas Armadas-Poderes Especiales (AFSPA) en 1958, una legislación draconiana que debido a flagrantes violaciones de derechos humanos cometidas por el ejército y la policía bajo el amparo de la misma ha llegado a ser cuestionada por la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, tuvo el efecto contrario al deseado. Sobre todo a partir de la década de los setenta, cuando se amplió masivamente el área de competencia de la AFSPA en una época de creciente antagonismo entre la población local y el Estado, agravada por la colaboración pakistaní y china con algunos de los primeros grupos insurgentes de la región. Así, la región experimentó durante la

década de los ochenta la mayor proliferación de grupos insurgentes, que hoy se contabilizan en un centenar, aun siendo buena parte de ellos sólo un nombre escrito en un muro. Del resto, bastantes se han transformado en bandas de extorsión con manifiesto político, en Manipur especialmente, y otros tienen pie y medio en el negocio del tráfico de drogas proveniente del *triángulo dorado*.

Además, el Estado está actualmente enfrascado en negociaciones con algunos de los grupos más potentes de la región; es el caso de las dos facciones, la Isak-Muivah y la Khapsang, del Consejo Nacional Socialista de Nagaland (NSCN) y el Frente Nacional Democrático de Bodoland (NDFB), por lo que la actividad armada gira, básicamente, alrededor de la colisión entre facciones en un mareante baile de alianzas y rivalidades. Aun así, en Manipur, donde la AFSPA lleva 27 años aplicada ininterrumpidamente, y en Assam, las fuerzas de seguridad continúan sufriendo decenas de bajas cada año y las explosiones de oleoductos siguen siendo una acción recurrente del ULFA.

“La sociedad civil del Noreste recrimina a Delhi su incorregible tendencia a criminalizar la mera idea de la autodeterminación que, empezando con la represión de la desobediencia civil naga en los cincuenta, ha acarreado una inexorable militarización a gran escala de la región.”

Es precisamente el Frente Unido de Liberación de Assam (ULFA), el grupo que actualmente más preocupa en Delhi. Para muchos analistas (y las agencias de

inteligencia) indios, es tan sólo una marioneta de los ISI pakistaníes, el mejor ejemplo de la vieja máxima de Islamabad de "hacer sangrar India con 1000 cortes". Su encarnamiento con los inmigrantes de habla hindi, con la masacre de 70 trabajadores de Bihar en enero de 2007 como última acción, y su silencio con los bangladeshíes, su razón de existir original, demuestra la "pakistanización" del ULFA según los mismos expertos.

Sin embargo, a pesar de una fuerte dependencia logística del mundo ISI, el ULFA tiene una marcada personalidad propia, con un discurso político de máximos centrada en la soberanía, territorialidad y el fin de "la esclavitud" de los assameses. En esta línea, también los políticos gobernantes, no independentistas, de Assam perciben al ULFA como una herramienta en el regateo político y económico con Delhi en el seno del orden democrático indio.

Terrorismo islámico

Existen, a grandes rasgos, dos maneras de explicar el terrorismo islámico en la India. El discurso dominante, promulgado desde las esferas gubernamentales y entonado por analistas de seguridad y buena parte de los *media*, describe la violencia extremista como un fenómeno no local, aduce a las pulsiones geopolíticas de Pakistán (o alternativamente, a la as-

endencia de los islamistas en un Estado pakistaní fallido y fracturado) y alinea a India con EEUU, Reino Unido o España como víctima del eje *yihadista* global. Para ellos, las especulaciones posteriores al atentado del 11-J en Mumbai acerca de la autoría o co-autoría de Al Qaeda carecen de sentido, puesto que en realidad, el mundo Bin Laden lleva ya bastantes años atentando en India por medio de grupos como el *Lashkar-e-Toiba*; lo reiteraba recientemente el consejero de seguridad nacional M. K. Narayanan.⁶ La ausencia tradicional de la firma Al Qaeda en India o, hasta hace poco, de alusiones directas a Cachemira por parte de Bin Laden o sus secuaces, se debería, según los analistas indios, a la petición expresa pakistaní a Bin Laden, en los tiempos de buenas relaciones entre Islamabad y el Afganistán talibán, de no entrometerse ni retórica ni nominalmente en una disputa que Pakistán siempre ha descrito como una lucha de liberación nacional.

Otra corriente, popular entre parte del mundo académico, algunos periodistas de renombre y activistas sociales, sin negar la entidad propia del terrorismo islámico global y la implicación pakistaní, añade, además, una dimensión en clave de tensiones internas, contextualizando en el marco de un Estado que ha fracasado sistemáticamente en contener la agresividad del nacionalismo hindú, la manifiesta radicalización de algunos sectores marginales de la población musulmana del país.

El enfrentamiento dialéctico entre las dos visiones ha aumentado paralelamente a la reciente intensificación de la ofensiva terrorista que desde mediados de 2005 hasta 2007 ha azotado el país en un goteo incesante de ataques y de víctimas. Aunque la violencia indiscriminada de raíz islamista fuera de Cachemira no es nueva en India, los objetivos de algunos de los últimos ataques y la potencia de otros ponen de acuerdo a todos en afirmar que India se encuentra frente a un fenómeno en transformación. Los motivos detrás de tan alarmante inferencia, son estos:

- Dos días antes de los atentados del 7-J en Londres, seis terroristas disfrazados de peregrinos fuertemente armados se quedaban a cien metros de reventar el templete provisional dedicado al dios Ram en la problemática ciudad de Ayodhya; tres semanas después un tren explotaba matando a diez personas en Jaunpur, cerca de Benarés, también en el estado de Uttar Pradesh.

- En el mes de octubre sería el turno de Delhi, donde setenta personas perecerían al explotar dos bombas en sendos

mercados repletos de gente que hacían sus compras para celebrar el Diwali, el festival hindú más importante.

- Apenas transcurridos dos meses, un comando terrorista segaba la vida a un profesor del prestigioso Instituto Indio de Ciencia en Bangalore: los terroristas confirmaban que habían puesto por primera vez el punto de mira en la dinámica ciudad.

- Ya en marzo de 2006, una explosión en un concurrido templo, otra en una estación de trenes y varios artefactos no detonados sacudieron la ciudad santa de Benarés, dejando un balance de 21 muertos.

- Un mes después, en un viernes de plegaria, dos bombas de baja intensidad provocaban el pánico y 14 heridos en la histórica mezquita Jama de Vieja Delhi.

- Luego llegaría la masacre de Mumbai el 11 de julio, con dos centenares de muertos, seguida, ocho semanas después, de varias explosiones sincronizadas cerca de una mezquita en otra ciudad de Maharashtra, Malegaon, afectada por una

“ Existen, a grandes rasgos, dos maneras de explicar el terrorismo islámico en la India. El discurso dominante (...) describe la violencia extremista como un fenómeno no local, aduce a las pulsiones geopolíticas de Pakistán (...) Sin embargo, convive con un segundo análisis en clave interna, que define un Estado incapaz de contener la agresividad del nacionalismo hindú, y la manifiesta radicalización de algunos sectores marginales de la población musulmana del país.”

galopante crisis económica y con un crudo pasado de violencia interreligiosa, que causaría 38 muertos y casi 300 heridos.

- Finalmente, en febrero de 2007, el Samjhauta Express, conocido popularmente como “tren de la concordia” y que une Delhi con Lahore, ardería cerca de la ciudad de Panipat debido a la deflagración de dos artefactos: 68 muertos, pakis-

taníes e indios, musulmanes e hindúes. Todo en un año y medio.

Algunos de los atentados fueron reivindicados o por organizaciones consideradas menores como el *Islami Inqilabi Mahaz*, en el caso de la matanza en Delhi, o por grupos desconocidos hasta la fecha como el *Lashkar-e-Qahhar*, que se adjudicó los ataques en Mumbai y Benarés, aunque en esta última ocasión la policía de Uttar Pradesh resolvió que los ejecutores habían sido los *Harkat-ul-Jihad-al-Islami* de Bangladesh (HUJI-B), grupo en preocupante auge, en colaboración con un imam deobandí de la localidad de Phulpur, también en Uttar Pradesh. En otras ocasiones nadie reclamó la autoría. Sin embargo, atrocidad tras atrocidad, las autoridades y medios de comunicación indios apuntaron, de manera casi instantánea, a los *Lashkar-e-Toiba* (LeT) apoyados por elementos locales que, según las mismas fuentes, pertenecerían al ilegalizado Movimiento Islámico de Estudiantes de la India (SIMI); además, desde instancias policiales, siempre se

sugirió la implicación, en menor o mayor grado, de la agencia de inteligencia pakistani ISI, cuya presencia en India, evidenciada por las decenas de células neutralizadas año tras año, es más que notable.

La estrategia sistemática de los LeT, grupo cómodamente afincado en Pakistán y que en los últimos años se ha erigido como el más potente de los *Frankenstein* fundamentalistas engendrados con la ayuda de los ISI y fogueados en Cachemira, de no reivindicar, o hasta negar, la autoría de los ataques buscaría, según importantes analistas indios, evitar aumentar la presión internacional que se cierne sobre Islamabad por su falta de implicación real en combatir el terrorismo islámico. En relación a este último punto, el Ministerio del Interior indio es tajante: *“La infraestructura del terror permanece mayoritariamente intacta en Pakistán y en la Cachemira Ocupada por Pakistán (POK). Los terroristas continúan siendo patrocinados e infiltrados en India desde el otro lado de la frontera. Elementos en Bangladesh y en Nepal están siendo utilizados por los grupos terroristas patrocinados por los ISI pakistaníes para llevar a cabo actividades terroristas en India. Conocidos elementos anti-India y aquellos declarados como fugitivos de la ley en India, son protegidos en Pakistán”*.⁷ Un párrafo que obli-

ga a cuestionarse, en un momento de insistentes rumores sobre avances en la negociación indo-pakistani por Cachemira, con cuál de las múltiples versiones del presidente pakistani Pervez Musharraf trabaja Delhi: ¿la del general obsesionado por el poder y por arrebatarse Cachemira de India a cualquier precio? ¿La del Atatürk modernizador que arriesga su vida para acabar con el terrorismo? ¿O la de un hombre que tal vez dejará de mandar pronto?

También parece existir un consenso sobre por qué el foco terrorista está virando de Cachemira (que en 2006, aun ha sido escenario de crudísimas masacres en aldeas de hindúes, asesinatos de inmigrantes nepaleses o atentados contra turistas indios, ha registrado un importante descenso de actividad terrorista). Así, más allá del objetivo jurado de los islamistas de destruir la India y construir un califato islámico en el subcontinente, la oleada de atentados responde a la estrategia del LeT y del HUII-B, en probable coordinación con antiguos socios como el Jaish-e-Mohammad (JeM), de desatar la violencia entre hindúes y musulmanes, mermar la confianza internacional hacia la nueva potencia económica y marcar la agenda de las relaciones entre Delhi e Islamabad. La matanza en Mumbai, capital financiera de India y con un extenso pasado de disturbios religiosos, fracasó como culminación de este designio a tres niveles.

2006 ha sido, además, un año de incontables detenciones de supuestos terroristas y de decenas de kilos de explosivo RDX decomisados, de noticias sobre atentados abortados, de frecuentes alertas máximas en los aeropuertos y centrales nucleares, de especulaciones sobre hipotéticos ataques al Taj Mahal y a turistas israelíes en Goa, y de unas jornadas previas al día de la independencia, 15 de agosto, marcadas por el aviso de la embajada norteamericana en Delhi de probables atentados de Al Qaeda coincidiendo con la celebración.

Ante la emergencia de este nuevo escenario de acecho terrorista de proporciones desconocidas hasta la fecha, recreado jugosamente por algunos medios de comunicación,⁸ es interesante observar cómo responden el Estado y la sociedad india. El gobierno ha seguido la estrategia dual de reiterar la procedencia extranjera del terrorismo mientras aceleraba las negociaciones diplomáticas con Pakistán en el marco del proceso de paz por Cachemira. Esto ha sido inter-

pretado como un síntoma de debilidad por los analistas de seguridad del país, que aparte de lanzar el grito al cielo por la ineficacia de los servicios de inteligencia nacionales, ya en la picota debido a varios escándalos de espionaje doble y deserciones múltiples, exigen una mayor firmeza y políticas más contundentes (sin especificar

“ Más allá del objetivo jurado de los islamistas de destruir la India y construir un califato islámico en el subcontinente, la reciente oleada de atentados pretende desatar la violencia entre hindúes y musulmanes, mermar la confianza internacional hacia la nueva potencia económica y marcar la agenda de las relaciones entre Delhi e Islamabad.”

mucho bien cuáles, lo que sería ciertamente iluminador si tenemos en cuenta la paridad nuclear y la carrera armamentística de misiles de la región) para contrarrestar la creciente ansiedad que ellos notan en la sociedad. Sobre este último punto, sin embargo, los resultados de un estudio realizado poco después de los atentados de Mumbai por el *Centre for the Study of Developing Societies* (CSDS) de Delhi, revelarían que, preguntados por los tipos de amenaza a la seguridad percibidas, la mayoría de los encuestados relegarían el terrorismo, contrariamente a lo que se podría pensar teniendo en cuenta el suma y sigue de amenazas enumeradas en los *media*, a preocupaciones secundarias. Otro dato demoledor (solamente el 60% de los encuestados había oído alguna cosa de los atentados de Mumbai), explicita bien a las claras que India es un país de múltiples realidades poco apto para suposiciones en términos holísticos.

En el otro extremo, los exponentes de la segunda línea de opinión siguen manteniendo que India podría estar pagando las consecuencias de la indulgencia del Estado con los nacionalistas hindúes que durante los últimos veinte años han perpetrado sus propias campañas de terror contra los musulmanes del país. En este sentido, es importante aclarar que la violencia que acompañó el auge político nacionalista hindú desde finales de los ochenta y durante los noventa,

no fue tanto un espiral de disturbios interreligiosos como, mayoritariamente, una serie de pogromos contra los musulmanes, en la que demasiadas veces la policía permaneció de brazos cruzados; la radicalización del Movimiento Islámico de Estudiantes de la India (SIMI) arranca, por ejemplo, en paralelo al avance social y electoral del hinduismo político. La demolición, en diciembre de 1992, de la mezquita de Babri, en Ayodhya, y la posterior matanza de más de un millar de musulmanes, sobre todo en Mumbai, fueron casi inmediatamente respondidas, en esta misma ciudad, con el mayor ataque terrorista de la historia del país hasta la fecha. Desde entonces y hasta el final de la década, más abusos de la marea nacionalista hindú y decenas de atentados menores (exceptuando la cadena de explosiones con más de 50 muertos de 1998 en la sureña ciudad de Coimbatore) de signo islamista. Detrás de éstos y siempre en colaboración con los oportunistas ISI, desde grupos mafiosos y organizaciones integristas motivadas por la sed de venganza después de “disturbios” de carácter local, hasta los mismos SIMI con una agenda ideológica de alcance pan-indio, pasando por las incursiones puntuales de grupos terroristas pakistaníes; el marco de tensión propicio para que el *Lashkar-e-Toiba* fuera tejiendo redes de apoyo dentro del país.

La horrenda masacre de musulmanes de Gujarat en 2002, significaría otro regalo retórico para el *Lashkar* y un impulso a sus planes de expansión. El asesinato vengativo en 2003 del ministro del Interior de Gujarat, en cuya perpetración estuvieron implicados *yihadistas* reclutados en Hyderabad (Andhra Pradesh) justo después de los incidentes de 2002, es indicador del efecto que tuvo lo acontecido en Gujarat en la alienación de ciertos individuos en el resto del país.

¿Y qué postura ha adoptado el principal partido nacionalista hindú, el *Bharatiya Janata Party* (BJP) ahora en la oposición, frente a la escalada terrorista? Después de cada atentado, los líderes del BJP han acusado al principal partido del gobierno, el *India National Congress* (INC), de ser blandos frente al terrorismo, y, de forma desconcertante, han vinculado este extremo con la tradicional política del Congreso de cultivar electoralmente a los musulmanes indios, quedándose muy cerca de criminalizar directamente a dicha comunidad entera. De hecho, el terrorismo y la “cuestión musulmana” han sido utilizados sistemáticamente por el BJP para desgastar el gobierno. Respecto a lo primero, han criticado el mecanismo antiterrorista conjunto acordado por el presidente de Pakistán, Pervez Musharraf, y el primer ministro indio, Manmohan Singh, en septiembre de 2006,

“ Los exponentes de la segunda línea de opinión siguen manteniendo que India podría estar pagando las consecuencias de la indulgencia del Estado con los nacionalistas hindúes que durante los últimos veinte años han perpetrado sus propias campañas de terror contra los musulmanes del país (...) La radicalización del Movimiento Islámico de Estudiantes de la India (SIMI) arranca, por ejemplo, en paralelo al avance social y electoral del hinduismo político”

porque, según ellos, anula, de facto, la condición sine qua non a la que estaba sujeta el proceso de paz iniciado en 2004, la terminación del terrorismo transfronterizo; el BJP exige, en su lugar, la reimposición de la polémica ley antiterrorista, *Prevention of Terrorism Act* (POTA), aprobada bajo su mandato y revocada después de la victoria del partido del Congreso en 2004. Paralelamente, el BJP también exige el cumplimiento inmediato de la pena de muerte impuesta sobre Mohammad Afzal, condenado en base a evidencias circunstanciales y en un proceso repleto de irregularidades por su participación en el atentado contra el Parlamento indio de diciembre de 2001, y cuya ejecución, en un principio prevista para octubre del 2006, pende de su súplica de clemencia al presidente del país, Abdul Kalam.

Respecto a lo segundo, el BJP ha seguido atacando al INC por su política, en la terminología nacionalista hindú, de “contemporización de las minorías”. En primer lugar, la inacción gubernamental con un ministro musulmán del estado de Uttar Pradesh que puso

precio (10 millones de dólares) a la cabeza del dibujante de las caricaturas de Mahoma. A continuación, la no identificación y deportación de los centenares de miles de inmigrantes ilegales bangladeshíes que se han colado en India durante los últimos años. Finalmente, la designación de un comité de alto nivel (conocido popularmente como el Comité

Sachar), por parte del primer ministro Manmohan Singh para realizar un estudio sobre el estatus económico, social y educacional de los musulmanes, cuyos resultados revelaron lo que todo el mundo ya sabía, que la comunidad está bajo la media nacional; peculiaridad que, por otra parte, podría abrirles las puertas, en un futuro no muy lejano, a las políticas de discriminación positiva fijadas en el sistema de cuotas del Estado, un tema política y socialmente muy sensible.

Tres polémicas que ponen de relieve la tendencia de los dos grandes partidos del país a colocar a los musulmanes como uno de los núcleos centrales de sus respectivas estrategias electorales, lo cual contribuye a cosificar a la comunidad como un todo aparte del resto de la sociedad.

Para acabar, dos reacciones espontáneas posteriores a dos de los atentados de 2006: en Benarés, las autoridades religiosas, hindúes y musulmanas, exhibieron una comunión total, gesto con el que apaciguaron los ánimos de la población al mismo tiempo que impedían el objetivo, primero de los *yihadistas* y después de los nacionalistas hindúes, de enfrentar a ambas comunidades, que, además, se necesitan

vitalmente para intentar reanimar la tambaleante industria del sari local.

En Gujarat, después del atentado contra los musulmanes de Malegaón, centenares de musulmanes salieron rápidamente a la calle para culpar a Pakistán del ataque. Detrás de tal manifestación, cabe identificar el estado de absoluto miedo en el que permanece postrada la minoría musulmana en esa región desde el pogromo de 2002, y cuyas víctimas siguen, en su mayoría, sin recibir la justicia que se espera de la mayor democracia del mundo.

Ante el terrorismo islamista que seguirá golpeando el país, ¿será la próxima vez Benarés o Gujarat?—, lo que está en juego no es poco. Desde opulentas definiciones sobre la identidad nacional como la que reza el eslogan “unidad en la diversidad”, hasta la reputación internacional que ostenta India como destino y víctima del terrorismo islamista pero no como propio origen, en parte, del mismo.

A modo de conclusión

India sufre, actualmente, violencia política de baja intensidad y periódicos ataques terroristas de diversa escala. Durante 2006, los dos fenómenos provocaron, entre agentes de los cuerpos de seguridad, población civil y los propios militantes, alrededor de 2.500 víctimas. En términos absolutos, la afectación de esta violencia se ha visto reducida considerablemente durante los últimos años si la comparamos a los niveles de los noventa. Una tendencia que se ha visto reforzada con la estabilización del terrorismo en Cachemira desde el inicio del proceso de paz, región que solía disparar el número de víctimas a nivel nacional.

En 2006, la violencia en el Noreste se ha concentrado en Assam y Manipur, mientras que Chhattisgarh ha representado la mitad del número de muertes relacionadas con el conflicto naxalita, debido, sobre todo, a la activación del grupo para-policial *Salwa Judum* por parte de las autoridades de aquel estado. En ambos casos, el impacto a nivel pan-indio de los dos conflictos es escaso y no afecta puntos vitales de la geografía económica del país. De todos modos, en algunas de las zonas más gravemente afectadas, el naxalismo desborda los insuficientes recursos asignados para tratar con la situación en un plano multidimensional, con lo que la fractura entre Estado y comunidades específicas puede aumentar.

El terrorismo islámico, por otra parte, tiene un mayor potencial desestabilizador aun causando, si no incluimos en el recuento a Cachemira, bastantes menos muertes que los dos fenómenos anteriores. Entre 2001 y 2002, por ejemplo, provocó la mayor movilización militar en el mundo desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

La cadencia de los atentados durante la ofensiva terrorista de 2006 y la amplia repercusión internacional que cosecharon, no hacen presagiar una disminución de los ataques a corto plazo. Tendremos que estar muy atentos a la evolución del terrorismo islámico en India durante los dos próximos años; en primer lugar, por los efectos que pueda tener sobre el proceso de paz indo-pakistaní. Y después, por las secuelas que pueda ocasionar en las relaciones intercomunitarias de una sociedad sobre la que los dos grandes partidos nacionales tensarán la cuerda electoral a medida que se acerquen los comicios previstos en 2009.

1. *India Today*, 21/8/06, p. 65.

2. Un alarmista reportaje periodístico titulado en grandes letras *Nasty Neighbourhood* e ilustrado con un aparatoso mapa de Asia Meridional en el que sobre todos los países vecinos de India (incluidos Afganistán y Myanmar; no China) hay insertados cartuchos de dinamita, bombas e incendios, ilustra gráficamente la manera cómo se ve el subcontinente desde Delhi. *Sunday Times of India*, 21/8/05 p. 6

3. Ministry of Home Affairs, *Annual Report 2006-2007*, p. 26. (http://mha.nic.in/Annual-Reports/ar0607_Eng.pdf)

4. Veerappan, un bandolero que tuvo en jaque a la policía, en ocasiones cuerpos de elite, por los bosques del sur de la India durante más de 20 años, ilustra la incompetencia policial en las zonas selváticas.

5. Desde su integración a India en 1974, Sikkim ha sido considerado parte del Noreste, pero no del Noreste insurgente. La punta norte de Bengala Occidental, en cambio, sí que fue escenario de conflicto en los ochenta por las demandas de un estado propio por parte de la población de origen nepalesa.

6. De hecho, Bin Laden era ya una figura bastante conocida a nivel popular en India antes del 11-S en Nueva York. En una escena clave del éxito de taquilla del año 2000 *Mission Kashmir*, Bin Laden aparece, representado simbólicamente en el fondo de la imagen, como la persona que desde la sombra movía los hilos de la financiación de la *yihad* en Cachemira.

7. Ministry of Home Affairs, *Annual Report 2006-2007*, p. 32. (http://mha.nic.in/Annual-Reports/ar0607_Eng.pdf)

8. Cabe señalar que algunos medios de comunicación recurren para sus cifras o estadísticas a un portal de dudosa credibilidad como el www.satp.org. Uno de sus fundadores es K.P.S. Gill, reverenciado con el sobrenombre de “*super cop*” (“super poli”) por haber puesto fin al terrorismo sikh en el Punjab empleando métodos ultraexpeditivos. Organizaciones nacionales e internacionales acusan a Gill de serias violaciones de derechos internacionales supuestamente cometidas durante sus años al frente de la policía del Punjab